

17 de febrero, “Miércoles de Ceniza”

Este miércoles toma el nombre del rito de la imposición de la ceniza, que la Iglesia deposita sobre la cabeza de los fieles. Es la llamada a hacer el camino de conversión que iremos escuchando a lo largo de la Cuaresma, a ser conscientes de nuestro pecado y a valorar y agradecer la misericordia de Dios.

A lo largo de toda la Cuaresma conviene no perder de vista que desde este primer día empezamos a mirar hacia la Pascua, hacia el núcleo central de nuestra fe. Con este miércoles empezamos a prepararnos para este acontecimiento capital de nuestra vida cristiana, la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. Recibir la ceniza viene a significar también que deseamos prepararnos a vivir la Pascua del Señor.

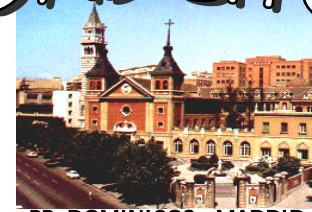
Las lecturas de la Eucaristía de este “Miércoles de Ceniza” acentúan la necesidad del reencuentro personal con Dios (carta a los Corintios), que como consecuencia de este encuentro uno reconoce su propia debilidad y se da cuenta de que debe despojarse de todo lo que le impide ser honesto y sincero con Dios mismo (la profecía de Joel), y que por esto le es necesario poner en práctica la ascética que indica el evangelio: limosna, ayuno y oración.

La llamada del profeta Joel (1ª lectura) cuando pide la conversión no es una llamada al retorno a unas prácticas culturales o a una simple reforma de hábitos, sino contrastar nuestras maneras de hacer con las del mismo Dios; se trata de tomar para el propio comportamiento los criterios de Dios: “Convertíos a mí de todo corazón”. Y aún hay más, esta conversión no es exclusivamente personal sino de toda la comunidad cristiana, de la Iglesia. Por tanto hay que estar atento y revisar tanto las maneras de pensar, de juzgar, las actitudes, los comportamientos, los hábitos personales y colectivos, en todos los ámbitos, ya sean familiares, religiosos, sociales o políticos.

En todas las misas: 8, 10, 12 de la mañana y 8 tarde, imposición de la ceniza.

El Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo son días de ayuno y abstinencia. Los viernes de cuaresma son días de abstinencia. Todos los viernes del año, como toda la cuaresma, son días de penitencia, en los que se recomiendan a través de las privaciones voluntarias, la limosna, las obras de caridad y la ayuda a las misiones (cf. Catecismo de la Iglesia Católica n. 1438).

COMUNIDAD EN CAMINO



6º T. ORDINARIO
Ciclo "C"

PP. DOMINICOS - MADRID
Avda. Ciudad de Barcelona, 1
<http://www.parroquiadeatocha.es>

14 de FEBRERO
de 2010

PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA

"Dichosos los pobres porque vuestro es el Reino de los cielos...
Dichosos seréis cuando los hombres os odien... por mi causa.
Alegraos, vuestra recompensa será grande en el cielo"



¡Buen programa para un político! No parece que Jesús tenga dotes de demagogo. Desanima a cualquiera ¿Desanima o desengaña? El horizonte de felicidad, en este discurso programático, lo pone Jesús en otro modo de ser, en otros valores: los del Reino. Dichosos los que saben que cada circunstancia de la vida es una lección y no un castigo. Dichosos los que Bien se Aventuran, porque saben que el salto de la fe se da sobre el abismo más hondo con la mejor red protectora.

COMENTARIO A LAS LECTURAS DEL DOMINGO

6º Domingo del Tiempo Ordinario – 14 Febrero 2010

Jer. 17, 5-8; 1ª Cor. 15,12,16-20; Lucas 6,17, 20-26.

Este es el último Domingo del Tiempo Ordinario, hasta que pase la Cuaresma y el tiempo Pascual, momento en que la liturgia volverá a retomar, de nuevo, las lecturas del Tiempo Ordinario.

Tanto la primera lectura del profeta Jeremías, como el evangelio de Lucas, nos envían un mismo mensaje: Jeremías, con toda su fuerza profética nos dice: “*Maldito quien confía en el hombre y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor*”; pero inmediatamente nos presenta la contrapartida: “*Bendito quien confía en el Señor; y pone en el Señor su confianza...*”. Sin explicitar, nos presenta el esquema del sermón de Jesús a la muchedumbre, en un llano, según San Lucas y en monte, según San Mateo: bienaventuranzas y las malaventuranzas.

Tanto Lucas como Mateo, cuando escriben su evangelio, tienen delante el evangelio de San Marcos, el más antiguo de todos los Evangelios, Sin embargo hay alguna diferencia entre el Evangelio de Lucas con el de Mateo: San Mateo nos presenta ocho bienaventuranzas; en cambio, San Lucas nos presenta cuatro. San Mateo, en la primera bienaventuranza habla de los “*pobres en el espíritu*”; mientras que Lucas pone en labios de Jesús: *Dichosos los pobres*, (sin más explicitación), *porque vuestro es el Reino de Dios*. Pero además añade las malaventuranzas, con lo cual nos recuerda al profeta Jeremías, en la primera lectura. Bendice a los pobres de Dios, es decir, a los desprendidos por el amor; y envía un aviso explícito y urgente a los ricos, o sea, a los que tienen su corazón insensible a las necesidades de los demás.

Solamente los que, como Cristo el Señor, han resucitado a una nueva vida por el amor, son los que participarán de las bienaventuranzas del Reino.

No podemos quedarnos impasibles ante la crisis

Los actuales datos sobre la crisis ofrecen un aspecto desolador. Más de cuatro millones de parados laboralmente, lo que supone el 19% de la población activa y lo que convierte a esta tasa en la mayor de la Unión Europea, tras Letonia. Asimismo en más de un millón doscientos mil hogares todos sus miembros se hallan sin empleo. El déficit público también se ha disparado. Y además ha saltado la alarma sobre el actual sistema de pensiones y, en definitiva, sobre la sociedad de bienestar. Y las perspectivas para el año 2010, al menos en su primer semestre, son todavía más negativas.

En el rezo del Ángelus del domingo 31 de enero, Benedicto XVI aludió a la crisis económica, reclamando un gran sentido de responsabilidad por parte de todos: empresarios, trabajadores, gobernantes. Todo ello nos lleva a releer la Declaración que sobre la crisis publicó hace dos meses la Conferencia Episcopal Española. En ella, más allá de las medidas técnicas, políticas y económicas, los obispos ofrecen una serie de pautas que consideramos de obligada reflexión y cumplimiento. Ahora subrayamos algunas de ellas.

“La escasa protección social de la familia y las políticas antinatalistas – leemos en el punto 2 de la Declaración – son perniciosas para la sociedad y tendrán efectos económicos perjudiciales para las generaciones futuras” ¿No estará aquí la causa de la alarma surgida sobre el sistema de pensiones y la anunciada prolongación en la edad de jubilación? Los obispos consideran también imprescindible “un profundo sentimiento de solidaridad con todos los que sufren” pues “hay problemas derivados de esta crisis que están exigiendo una respuesta inmediata”. “Por ello - apuntan - es necesario impulsar un nuevo dinamismo laboral que nos comprometa a todos en favor de un trabajo decente”

¿Qué hacer, pues, ante la crisis y sus insoportables zarpaos? Tomar conciencia del sufrimiento de las personas más afectadas por ella; discernir sobre el gasto público, familiar y privado; adoptar con responsabilidad medidas de regeneración económica y gestos concretos de compartir con los más necesitados; y urgir la colaboración y corresponsabilidad de todos para salir de la crisis. No podemos quedarnos impasibles. El gobierno no puede seguir mirando a otro lado, con iniciativas tímidas e ineficaces, con sobredosis de demagogia y propaganda. Y el resto de los agentes sociales – oposición política, empresarios, sindicatos – desde legítimas divergencias han de arrimar el hombro. Así no podemos seguir. Mientras tanto la Iglesia, por su parte, que también se siente concernida, interpelada y solidaria, seguirá en su tarea de iluminación de la realidad y de impagable servicio samaritano como el que realizan Cáritas, parroquias y otras instituciones.